

Las dos almas de la Democracia Cristiana *

Rafael Gumucio Rivas. 20 enero 2006

El término “humanismo cristiano” sólo se presta a confusiones. Entiendo que haya sido utilizado por Sebastián Piñera como misil para ganar a Michelle Bachelet. No obstante, es evidente que han existido democratacristianos fascistas que, sin ningún asco, se convirtieron en sirvientes del tirano y ladrón Daniel López Pinochet. Es el caso del arribista Juan de Dios Carmona, hijo predilecto, antiguamente, de Eduardo Frei Montalva, de quien fue ministro de Defensa. En gran parte fue el culpable de la matanza de El Salvador e incapaz de solucionar la crisis del Tacnazo. O también de William Thayer, famoso por intentar dividir el movimiento obrero formando centrales sindicales católicas. No me extraña que hoy empresarios pechoños y personajes de segunda categoría hayan estado felices apoyando a Lúculo Popeye Piñera: toda esta maraña de pasos a la derecha de los democratacristianos, forma parte de sus dos almas.

Es absurdo hablar de humanismo cristiano pues humanismos hay miles y, en su mayoría, han luchado contra los Estados teológicos. Entre religión y humanismo no hay mucha relación: en la Grecia antigua, todos los humanistas se reían a carcajadas de los dioses del Olimpo, de Zeus, califa y violador, de Dionisio, de Apolo, especialmente. Protágoras, para quien “el hombre es la medida de todas las cosas” y los demás sofistas, incluso Sócrates, fueron perseguidos por no creer en los dioses y dar preponderancia al hombre. En el Renacimiento, Erasmo, Lutero, Pico de la Mirándola y Maquiavelo criticaron rotundamente a la corrupta Iglesia Católica. Maquiavelo separó la teología de la política, el Papa era el enemigo de la unidad italiana. En el siglo XVIII, Voltaire, Diderot, Rousseau, se burlaban de la Iglesia Católica y lucharon por la tolerancia.

La primera conclusión: humanismo y cristianismo son antitéticos, es decir, Estado teológico es lo contrario de Estado liberal. En el siglo XIX la Iglesia, en el Syllabus, se opone a todo el mundo moderno, incluido el liberalismo y la democracia. Es cierto que algunos socialistas utópicos reivindicaron a Cristo como liberador de los pobres, pero nada tenían que ver con la Iglesia: cuando Lammenais buscó relacionar la Iglesia con los obreros, llamados esclavos modernos por este pensador, fue condenado en dos encíclicas papales. Segunda conclusión: el catolicismo decimonónico era contradictorio con la democracia, pues amaba el derecho divino de los reyes.

Se creería que en el siglo XX la situación cambia. Pero no, el ideal de la Iglesia se centraba en dictadores fascistas que, hipócritamente, comulgaban, al igual que Daniel López y su séquito de borregos. El ideal cristiano era Oliveira Salazar, dictador de Portugal, Miguel Primo de Rivera, padre de José Antonio -fundador de la Falange española-, y no caían muy mal Mussolini, que pactó el concordato con la Iglesia. En España, ante el miedo a los “rojos”, los sacerdotes bendecían los fusilamientos ordenados por el criminal Francisco Franco, otro modelo que copió Daniel López Pinochet. Si este es el humanismo cristiano de Piñera y la UDI, estamos claros.

El llamado humanismo cristiano es muy reciente: se originó a raíz de la conversión de los judíos Jacques y Raisa Maritain al catolicismo. Dictaba este filósofo una cátedra en el Colegio de Francia y, repitiendo silogismos del tomismo, dividía el mundo en sociedad perfecta divina, donde no cabe el error, y sociedad humana, en la que debe coexistir la tolerancia y la pluralidad de ideas, todas respetables. Pero siempre la única verdad es el cristianismo. Posteriormente, Emmanuel Mounier, en el Manifiesto al servicio del personalismo, buscó el diálogo entre humanistas marxistas y cristianos.

EL “VUELO DEL CONDOR” DE LA FALANGE

Estar lejos del poder a veces trae grandes beneficios: extrañamente, los conservadores chilenos eran, en lo político, más libertarios que los mismos liberales. Mi abuelo, Rafael Luis Gumucio Vergara, fue el padre de la Falange Nacional. La cualidad principal de este mordaz periodista fue la defensa irrestricta e intransable de las libertades públicas: odiaba al dictador Carlos Ibáñez, que lo exilió a Bruselas, donde murió su mujer y quedó limpiándole los mocos a una caterva de niños. Cuando volvió del exilio, mostraba con su bastón a los traidores conservadores que se vendieron a Ibáñez.

Mi abuelo no era de estos blandengues y oportunistas democratacristianos de hoy. No se calló nunca, le empezó a asquear la oligarquía chilena, de la cual renegó. Los conservadores pasaban a la otra acera cuando lo veían venir: era el traidor que había rechazado la candidatura del más cruel empresario de nuestra historia, Gustavo Ross Santa María, un afrancesado que hablaba con un cierto acento galo. Como ministro de Hacienda (de don Arturo Alessandri) Ross sostenía que no había que aumentarle el salario a los “rotos”, pues se lo gastarían en la cantina y, al igual que el actual ministro Eyzaguirre, lo único que le importaba era el superávit fiscal. Los falangistas no apoyaron al ministro del hambre, a Ross, el “Ultimo Pirata del Pacífico”, e incluso mi padre Rafael Agustín Gumucio, que ya en esa época era un tantito puntete, me contó que había votado para callado por “don Tinto”, Pedro Aguirre Cerda, cuyos partidarios, los comunistas y socialistas, tenían los colmillos listos para violar a las monjas, según los eternos pequeños miedos de la derecha. La Falange era algo muy confuso: hablaban del “vuelo del cóndor” sobre el capitalismo y el comunismo, el individualismo y el colectivismo, aunque este enredo nadie lo entiende, y no faltan autores que, equivocadamente, lo asimilan al ideario de la Falange española de José Antonio Primo de Rivera. Puedo asegurar que, al menos falangistas como Eduardo Frei Montalva, Manuel Garretón, Bernardo Leighton, Rafael Gumucio Vives y otros líderes, eran claramente antifalangistas españoles, antifascistas y anti nazistas. Incluso Rafael Agustín Gumucio fue el presidente del Comité de Apoyo a la República Española y hasta su muerte consideró este cargo como su mejor medalla.

Un enredo como ese, lleno de tesis y de distinciones sutiles aristotélico-tomistas, tenía que dar paso a una serie de fracciones. En el “congreso de los peluqueros”, el tío Bernardo Leighthon habló algo así como de democracia proletaria, de una sociedad donde los trabajadores fueran protagonistas. Algo muy raro que, hasta ahora, los cegatones estalinistas no han podido entender. ¿Cómo un niño del Sagrado Corazón de Jesús puede pronunciar palabras más encendidas que Bakunin? La verdad, el debate en el “congreso de los peluqueros” era también táctico: o la Falange apoyaba al iluminado candidato conservador social cristiano, Eduardo Cruz-Coke, o se iba definitivamente a la Izquierda, sosteniendo al candidato del Frente Popular, el rumbero Gabriel González Videla. En 1946 nacieron las dos almas de la Falange: la de los puristas, Jaime Castillo Velasco y

Radomiro Tomic, y la Falange Popular Cristiana, del tío Bernardo, Rafael Agustín Gumucio y Eduardo Frei Montalva. La Falange era prácticamente un grupúsculo: nunca lograba más del 2% de la votación parlamentaria, apenas tenía dos diputados conseguidos a base de espurios pactos políticos. Tenían su sede en Alameda 540 y realizaban proclamaciones en teatros llenos de pulgas, como el antiguo Miraflores o el Baquedano, donde líderes como Frei y Tomic lucían su oratoria ante los mismos catecúmenos que se repetían de acto en acto.

DEL IDEALISMO DEL “VUELO DEL CONDOR” AL PRAGMATISMO DEL “PITUTO O MUERTE”

De repente, la suerte de la Falange, ahora Democracia Cristiana, cambió radicalmente a partir de 1957: en todo el mundo los partidos demócratas cristianos crecían y, algunos como el alemán y el italiano, conquistaban el poder. En América Latina se desarrollaba (...)

** (Artículo completo en “Punto Final” N° 609, 20 de enero, 2006)*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.